por completo de esas utilísimas ediciones críticas escolares que en Francia (y en Italia también, donde hay buenos modelos que imitar) facilitan la lectura é inteligencia de los padres y reformadores del idioma y la cultura literaria. Cierto es que, con arreglo á los últimos programas dictados y hoy vigentes (aunque no es seguro que duren mucho tiempo), los profesores celosos y que amen nuestra literatura pueden ya remediar algo de ese defecto inveterado de la enseñanza. Lo prueba el sentido dado por algunos de ellos á sus explicaciones y las Antologías que han publicado. Pero esto no basta. Hay que conceder á tales trabajos más tiempo del que permite el plan é insistir directamente en la lectura explicada de los autores: menos teorías retóricas, menos nombres y títulos de libros, y más textos.

Si así se hiciera, el *Quijote* dejaría de ser, para muchos, un libro conocido de *oídas;* y con él perderían igualmente su condición de nombres vagos, sin contenido ni jugo, tópicos de erudito á la violeta, los de Lope, Tirso, Calderón, Quevedo, Gracián y otros ciento, que suenan á cada paso en nuestros desahogos retóricos y no responden á ninguna impresión personal, engendradora del amor sincero, profundo, á las obras en que florece el genio de un idioma, que es decir el de un pueblo.

La contemplación artística del "Quijote„

Es privilegio de las grandes obras literarias promover, juntamente con la admiración de todos los hombres cultos y sensibles, largo cortejo de comentadores que, ya se afanan por ensalzar y poner de relieve las excelencias de lo comentado, ya le buscan los defectos y lados débiles—que en todo lo humano se encuentran—, ó bien tratan de penetrarlo y educir de él (y nunca dejan de conseguirlo) las más variadas significaciones, á veces llanas y ostensibles, á veces recónditas y abstrusas.

Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes y Goethe, son los genios que en más alto grado han merecido gozar de aquel privilegio, y así lo acreditan los numerosos libros á ellos referentes, que forman copiosísimas y muy curiosas bibliotecas.

No seré yo quien censure semejante forma de homenaje. Aunque haga mis reservas en punto á no pocos de los comentarios, por cuadrarles más bien el nombre de fantasías, aun éstos los miro como consecuencias de una exaltada admiración, y á ese título me parecen dignos de loa, si no de crédito. En cuanto á los que se mueven dentro de la órbita del buen sentido, á los que procuran no

hacer decir á los genios más de lo que dicen de suyo y, en vez de sustituirse á ellos para declarar en su nombre cosas singulares y estrambóticas, aguardan respetuosamente—como Schopenhauer aconsejó que se hiciera con toda obra maestra—á que respondan por sí mismos, revelando lo que sólo queda oculto á los observadores ligeros y superficiales, esos los tengo por excelentes, recomendables y aun ineludibles para la mejor inteligencia y aprovechamiento de las producciones maestras del ingenio humano. Desde el punto de vista de mis estudios particulares, ¿cómo no he de aplaudir que se ilustre, verbigracia, la historia de realeza y de las costumbres económicas, con los datos que Homero ofrece; la de nuestra sociedad medioeval con los que á cada paso se encuentran en el poema del Cid, y la del pueblo español de la época clásica, con los riquísimos y á veces profundos que atesoran Cervantes y todos los novelistas de los siglos XVI y XVII?

Pero con parecerme todo esto muy bien y aun haberme atrevido á picar en ello de vez en cuando, ni olvido ni quisiera que nadie olvidase la suprema condición de obras artísticas que tienen las de aquellos genios de la literatura. Y así, aunque el *Quijote* me sirva para investigaciones muy variadas, vuelvo siempre á él buscándolo como novela, con el espíritu ajeno á toda otra preocupación, como esos sencillos é ingenuos lectores que, sin intención segunda, se entregan de lleno á la magia del artista y sólo le piden emociones y altos arrobamientos intelectuales. Y no creo ocioso llamar la atención hacia este modo de considerar el *Quijote;* porque ante la balumba de críticos que nos prometen explicar y desmenuzar todo lo recóndito de la inmortal historia del hidalgo manchego, corremos el peligro de olvidarnos de éste para no ver más que á sus escoliastas y definidores, ó de tomarlo como medio para tales ó cuales fines, ya filosóficos, ya de otro jaez, en lugar de considerarlo como cosa substantiva en la esfera del arte.

Así que, fuera de aquellas explicaciones breves que todo libro—aun los modernos—necesita para aclarar su lectura, yo diría ante todo á los que me preguntasen acerca del *Quijote:* «Leedlo sin pensar en que significa esto ó lo otro, en si Cervantes aludió á tirios ó á troyanos; leedlo ingenuamente, como el pueblo escucha las obras teatrales y sigue el desarrollo de la acción, creyendo en ella como cosa verdadera y viva y dejándose arrastrar por los sentimientos que evoca, despierta y sugiere.»

Tened por cierto que así es como el *Quijote* fué considerado en un principio, y á ello debió su rápida y universal fama. De igual modo que en materia de lenguaje lo primero fué hablar, y los gramáticos y la gramática vinieron mucho más tarde á reducir en fórmulas científicas lo que, sin darse cuenta, hacían los hombres todos, cultos é incultos, así en el arte lo primero es la òbra espontánea del artista, á que corresponde la observación y contemplación natural del público; no siendo la crítica sino una construcción secundaria y muy posterior, que puede conducir al descubrimiento de ciertos puntos de vista en la obra, cuando es fruto de la observación depurada de un lector más culto ó más sutil que la mayoría.

Yo me figuro á los españoles de 1605 aficionados á la lectura, excitada la curiosidad por la publicación de un libro nuevo titulado *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*, comprarlo,

un si no es receloso, en la tienda del mercader Robles y, á las pocas páginas, perder toda prevención de juicio, subyugados por la magia del autor, que los encanta con mayor poder que el del propio Merlín y les hace estallar en sonoras carcajadas, como las de aquel estudiante á quien Felipe III vió reir desaforadamente con un libro en la mano, y esto bastó al monarca para afirmar que era causante de la risa la historia del buen hidalgo manchego. ¿Quién pensaba entonces en que el caballero de la Triste Figura y su escudero Sancho, Dulcinea y Maritornes, Cardenio y Dorotea, los frailes y los galeotes... todo aquel mundo de figuras vivientes que desfila por las páginas de la novela, encubriesen la sátira de tal ó cual personaje histórico, de esta ó la otra institución, ó fuesen símbolo de filosofías y doctrinas de oculto é inusitado sentido? El público no vió en *Don Quijote* sino un libro de ameno entretenimiento, lleno de gracia y donosura, rico de invención y con tantas novedades en la manera de ser concebido y desarrollado, que bien parecía como el nacimiento de una literatura sin precedentes en las historias caballerescas, en las amatorias, en las pastoriles y en los cuadros picarescos que hasta entonces, en escaso número (excepto las de caballerías), acudían al esparcimiento de los lectores del romance castellano.

Imposible es para un hombre del siglo XX (cuyo horizonte literario se ha formado, en materia de novelas, con la lectura de las grandes creaciones, de los profundos sondeos psicológicos de los maestros del siglo XIX) figurarse, tal como fué, la impresión de novedad que en los hombres de 1605 hubo de producir el *Quijote*. Sería preciso, para esto, olvidar toda la rica complejidad alcanzada

hoy por la novela, y emprender cronológicamente la lectura de los libros de este género publicados en España desde 1499 (fecha de *La Celestina)* hasta el año referido, notando cómo, paso á paso, iban los artistas dominando la técnica noveladora; cómo en la concepción penetraba el realismo, mucho más tempranero en el teatro; cómo se desdoblaba la complejidad en la visión de los caracteres, y á la sencillez é ingenuidad de la observación primitiva (que no excluye su realidad vigorosa) sucedía el ahondar en reconditeces del espíritu humano, á la vez que se ensanchaba el horizonte social é ideal de la acción. Se llegaría al memorable instante en que *Don Quijote* salió á luz, y sabríamos propiamente lo que debió parecerles á sus primeros lectores en relación con las obras análogas que le habían precedido. Si á nosotros—á pesar de Goethe, de Balzac, de Stendhal, de Manzoni, de tantos otros que nos han acostumbrado á sondeos profundos del alma humana y á vastas concepciones del vivir—todavía nos parece original y peregrina la historia de Alonso el Bueno, ¿qué no les había de parecer á los contemporáneos de Cervantes, para quienes el género estaba en mantillas y, de pronto, se elevaba á su más alta representación, no superada en tres siglos de trabajar el espíritu humano por la perfección de la literatura novelesca?

Claro es que la contemplación artística del *Quijote*, ni entonces, ni ahora, da los mismos frutos en todos los sujetos. Las cosas—siendo inmutables é iguales á sí mismas en todo momento, dentro de la unidad de su ser—no hablan de igual manera á todos los que las miran. Algo de lo que son, tan manifiesto está que á nadie se le oculta; pero el resto sólo lo van soltando poco á

poco, á compás de los merecimientos de quien las contempla é interroga. Así, en el *Quijote* habrá quienes sólo vean lo externo de la acción y lo más grueso de la gracia, y tengan bastante con reir las ridiculeces del caballero, las donosuras del criado y el fino y espiritual *humorismo* con que el novelista subraya las aventuras de sus héroes; habrá otros que, levantándose sobre esta primera inteligencia del texto, comprendan la sana alegría que de él emana, no obstante las desventuras de Don Quijote, y ahonden en ella, refrescando el alma con sus efluvios; los habrá que, penetrando más adentro, vean también la parte triste, la amargura que por entre el *humour* asoma, como poso de la experiencia de la vida que en Cervantes fué larga y poco favorable y que á los más afortunados de todos los tiempos no deja de venirles á enturbiar la felicidad pasajera; algunos, tendrán fuerza de comprensión bastante para apreciar los más finos pormenores y solazarse, ya con las rápidas y certeras pinceladas con que Cervantes pintó incidentalmente las costumbres y manera de ser de los hombres de su tiempo, ya con la sobria y vigorosa traza del paisaje manchego, que en el *Quijote*, con ser un accesorio, está tan *sentido* y tan caracterizado como el del Guadarrama en el fondo de los retratos de Velázquez; algunos, también, de alma sensible y soñadora, sentirán abrirse, al contacto de la pluma evocadora del artista, la puerta de su poesía personal é íntima, cuajada, en el drama de la vida de cada uno, en recuerdos, ilusiones, esperanzas y desengaños que, si no hieren de presente, muéstranse envueltos en la más dulce y amable melancolía, engendradora de altas imágenes; los habrá, en fin (y digo en fin para no hacer interminable, como

puede serlo, esta enumeración), gente del oficio, que sabe lo que es engendrar hijos de la fantasía y se interesa por averiguar la gestación de los ajenos, que podrá seguir paso á paso la formación de los personajes cervantinos y verá cómo, al compás que se calentaba y enardecía la inspiración del autor, iban apareciéndole nuevos aspectos del carácter de sus héroes, y descubría en ellos cosas no sospechadas (que, á veces, á él mismo le causaban asombro, con ser su padre espiritual), hasta darles, en aquella grandiosa explosión de la parte segunda, una complejidad y alcance á que, seguramente, no sospechó llegar cuando le corría la pluma, poco confiada en el éxito, sobre las cuartillas de los primeros capítulos.

Para todo esto y para mucho más, da de sí el inmortal libro; y, como todos los que se señalan por su excelencia en la historia de la literatura, de igual modo brinda emociones al lector vulgar que al quintaesenciado y técnico, pues á unos ofrece aquellas cosas universal y perpetuamente humanas, que en todo espíritu hallan eco (y así el *Quijote*, con ser tan español, es libro de todas las naciones), y á otros, las que requieren algún esfuerzo para ser advertidas, ó piden que el lector sea también, á su modo, algo poeta y artista.

No desesperen, pues, los que quizá se retraen de leer el *Quijote* por miedo de no entenderlo. El es tan llano, que al más humilde lector le dice cosas que le satisfagan; y al propio tiempo tan rico de contenido, que aun á los que con más sabia preparación lo han releído cien veces, reserva sorpresas engendradoras de altísimos goces estéticos. Leedlo todos, sin asustaros de que lo hayan glosado y apurado las entrañas abstrusos ó agu-

dísimos comentaristas. Si tenéis conocimiento de éstos, y aunque os seduzcan, olvidadlos alguna vez, y venid, como antes os dije, á la lectura del gran libro, con ánimo de contempladores ajenos á toda preocupación, dispuestos á dejaros penetrar por el encanto propio de aquella obra y á ver en ella, ante todo, el arte y la poesía que por todas partes le brotan frondosísimos.

SEGUNDA PARTE

Literatura extranjera